

## Prólogo personal

Hace cincuenta años, en 1973, publiqué la obra *Las teorías literarias en España y Portugal durante los siglos XV y XVI*. Había empezado la investigación ocho años antes, en 1965, después de haber defendido, en la Philipps-Universität Marburg, mi tesis doctoral sobre la teoría literaria de Sartre. Era entonces la hora de encontrar un tema para la tesis de habilitación. Resumo brevemente la historia de esta búsqueda. Mi campo era la romanística, que abarcaba, en Alemania, Austria y la Suiza alemana todas las lenguas y literaturas románicas: el francés de modo central, al cual seguían el italiano y, a cierta distancia, el español y otras lenguas. La costumbre exigía que los temas de la tesis doctoral y de la habilitación pertenecieran a literaturas y épocas distintas. Ahora bien, mi tutor era August Buck, eminente especialista en el humanismo italiano. Como es natural, él deseaba que me habilitara con un tema italiano. Empero, yo había desarrollado, durante mis años de estudio, una predilección por el español. Buck lo aceptaba, un poco a regañadientes, pero exigía que, por lo menos, me centrara en el contexto del humanismo. Cuento esto para explicar un hecho que desconcertó a mis colegas y amigos de otros países: doctorarse con un tema de literatura francesa moderna y habilitarse con un tema de literatura española antigua. Y, lo que es peor: esta aparente dispersión caracterizaría mi vida profesional.

Dado mi interés por la teoría literaria me puse a buscar poéticas españolas, a partir de los volúmenes fundamentales de la *Historia de las ideas estéticas* de Menéndez Pelayo. De modo sorprendente, en más

de medio siglo desde su aparición, la investigación en el campo no había avanzado mucho. Más aún, los estudios internacionales sobre las ideas literarias en el humanismo renacentista constataban un “vacío” en la España de la época o, sencillamente, dejaban de lado España, sin hablar de Portugal. De ahí que decidiera, siguiendo el modelo de Menéndez Pelayo, no limitarme a las poéticas propiamente dichas sino buscar, en textos de variado género y documento, expresiones de una reflexión literaria.

Comencé buscando material en las grandes bibliotecas, la Biblioteca Nacional de España, la de Lisboa, la Biblioteca de Cataluña en Barcelona, las bibliotecas universitarias, los archivos. Empero, a pesar de la riqueza de sus fondos, no lo tenían todo. Encontré menciones de obras impresas y manuscritos con títulos prometedores que se encontrarían, posiblemente, en tal o cual biblioteca o archivo particular. Las indicaciones eran a menudo vagas, algunas veces la obra o manuscrito se daba por perdido. Los catálogos de estas bibliotecas o archivos eran difíciles de conseguir, a veces mi búsqueda resultó exitosa; algunas no encontré lo que buscaba, otras hallé lo que no iba buscando.

Así, la pesquisa libresca cobró un aspecto espacial. En efecto, pasé cada año varias semanas en España y Portugal, trabajando en las grandes y menos grandes bibliotecas y archivos. Viajé en mi pequeño auto por las carreteras de la península. El director de la sección de Raros de la BNE, con quien charlé de vez en cuando, me regaló una hoja del Ministerio de Obras Públicas y Transportes en la que se indicaba el estado de las carreteras: las asfaltadas, las de superficie firme, las otras. Más de una vez conduje por estas “otras”, cuyo estado podía rozar la noción de intransitable. Pero mi autito resistió. La búsqueda de impresos y manuscritos me llevó a conocer España fuera de las grandes ciudades, algo patéticamente podría decir la España profunda. Es cierto que me desvié a menudo de la ruta directa que iba de biblioteca a biblioteca para conocer tal iglesia románica, tal castillo, tal pueblo medieval. Recuerdo en especial el Archivo de la Catedral de Burgo de Osma, cuyos fondos estudié en la sacristía, o la biblioteca de Évora, con ricos fondos del humanismo portugués, por su ambiente acogedor y la amenidad de la ciudad. Eran los años tardíos del franquismo y salazarismo, pero mi retiro estudioso me mantuvo

alejado de lo político. Lo que recuerdo es la hospitalidad y afabilidad de la gente, la buena acogida y ayuda de los bibliotecarios, con muy pocas excepciones.

La obra en la cual sintetice los resultados de mis trabajos y andanzas fue la más escueta de la colección del CSIC en la que apareció, el número 36 de Anejos de Revista de Literatura, tal como me lo dijo el director de publicaciones. En la frase inicial aseguré que se trataba de “un mero estudio preliminar de una obra de mayor extensión, sobre la idea de la literatura en España y Portugal durante los siglos xv y xvi”. Había reunido mucho material para esa obra futura en esos años de trabajo, pero no lo aproveché. En efecto, había descubierto la novela latinoamericana del llamado *boom*. La herencia de Sartre y el interés por la literatura contemporánea vencieron mi inclinación por el pasado. Algunos lustros más tarde, esta misma literatura me devolvió al pasado. Me di cuenta de que mis estudios sobre la novela latinoamericana actual de entonces necesitaban una base sólida, y fue así como entré en los estudios coloniales, que se convirtieron, rápidamente, en el cuarto campo de mis intereses profesionales, que siempre eran, al mismo tiempo, personales.

Curiosamente, los estudios coloniales (aunque sea una perogrullada decirlo), profundamente imbuidos por el humanismo europeo, me hicieron regresar al humanismo. En realidad, este nunca había desaparecido totalmente de mi agenda, me perseguía el vago sentimiento de una deuda, de no haber cumplido con mi promesa de ofrecer un trabajo de fondo sobre las teorías literarias en España y Portugal.

Fue este sentimiento de un trabajo inconcluso el que me impulsó, muchos años más tarde, a retomarlo. Empero, mucho había cambiado. Mis trabajos anteriores me habían llevado a interesarme por las disciplinas contiguas a la literatura, la filosofía, la política. Fue sobre todo la historia la que atrajo mi interés cada vez más, y no cabe duda de que las discusiones sobre historia y literatura del siglo xx tuvieran una parte importante en ello. Así, mi interés se centraba ahora en un sector particular de la teoría literaria (y de las teorías historiográficas): en la relación entre literatura e historia. Las investigaciones anteriores me inspiraron una hipótesis que se me fue imponiendo cada vez más, que las literaturas española y portuguesa habían ocupado dos veces

un lugar protagónico en este campo: con la aparición y el éxito de la novela de caballerías en el siglo xvi, que forzó a los humanistas a reformular las teorías literarias e historiográficas y, cinco siglos más tarde, con la aparición de la llamada “nueva novela histórica” que abrió una nueva discusión sobre verdad histórica y ficción literaria.

Es así, nuevamente, como retorné a mis estudios sobre el humanismo. Empecé con el siglo xv, que, pensaba, ocuparía el capítulo inicial. Pronto me di cuenta que había subestimado la cantidad y la importancia del material, y el capítulo avisado se convirtió en libro. Empero, el campo de la investigación había cambiado de modo radical. Donde, hace medio siglo, el número de publicaciones relevantes era abaricable, ahora abundaban libros, volúmenes colectivos, artículos, que aportaban informaciones imprescindibles sobre la materia, si bien eran pocas las obras que tocaban concretamente la problemática que me había planteado. Habían aparecido ediciones —muchas de ellas críticas— de manuscritos e incunables que antes habían sido difícilmente accesibles. Las bibliotecas habían digitalizado ediciones raras y manuscritos valiosos, y era, sobre todo, la Biblioteca Digital de la BNE la que contaba con la mayoría de las obras que necesitaba. Podía recurrir a los materiales que había transcrito cincuenta años atrás, pero la perspectiva de una nueva investigación exigía una nueva lectura de los mismos, y así encontré, en efecto, durante las relecturas muchos pasajes que se me habían escapado antes. El resultado del cambio de las condiciones de trabajo era contradictorio: en el campo de los estudios, el mero número de publicaciones dificultaba vertiginosamente la labor; en la consulta de las fuentes, por el contrario, la digitalización lo facilitaba. Ciertamente, no habría podido acabar esta obra en el tiempo invertido sin la ayuda de la técnica moderna. Pero, a pesar de ello, añoro los viejos tiempos cuando la búsqueda de impresos y manuscritos tenía aspectos de novela policial, cuando recurrir el país de biblioteca en biblioteca era indispensable y traía consigo sorpresas agradables y menos agradables, esos tiempos cuando tenía entre mis manos los valiosos originales.

Finalmente, tuve que enfrentar un problema más, tal vez el más difícil. Viniendo de la teoría literaria, había asumido que habría, más o menos, un equilibrio entre obras literarias y obras históricas. Empero,

pronto constaté que había mucho más material sobre la dimensión literaria de las obras históricas que sobre la presencia de la historia en las obras literarias. De esto resultó un desequilibrio: en efecto, el número de obras históricas supera de lejos el de las literarias. De esto resultó un problema de fondo: viniendo de la literatura, he tenido que analizar principalmente obras históricas. Es cierto que no he abordado la materia historiográfica propiamente dicha, pero, aun así, soy consciente de que mi acercamiento puede desconcertar a los historiadores. Solo me queda la esperanza de no haber cometido errores imperdonables.

Cierro con agradecimientos: a las bibliotecarias y bibliotecarios que me ayudaron, entonces y ahora, en mis investigaciones; a Iberoamericana Editorial Vervuert, con la cual me une una larga historia de muchos años y muchos libros, desde que publicó, en 1983, *Escribir en París*, mis entrevistas con nueve escritores españoles y latinoamericanos residentes en la capital francesa; finalmente, al editor del manuscrito, Simón Bernal, que no se limitó a corregir las inevitables erratas, sino que revisó el texto dándole un aspecto más acabado y terso.